

2<sup>a</sup>

391

El Teniente

122

D. Jacinto Ruiz y Mendoza.

204

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden { alfabético *P*  
 de materias *402*

Estante *6* *P*  
*7*

Tabla *3*

*No* *44*

1891

122



BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

Inscripción... { Folio.....  
 Número.....

Clasificación... { División.....  
 Subdivisión.....

Colocación. IV. { Estante... *28*  
 Tabla... *2ª*  
 Número... *21 (197)*

Juan Perez de Guzman

El Teniente

D. Jacinto Ruiz y Mendoza.

BD2-10450  
ML-R-372-A  
1891/122

ALFONSO  
COMANDO DE ARTILLERÍA

# Al Marqués de Valdeiglesias

*Director de La Epoca.*

Para solemnizar la inauguración oficial de la estatua que, costeada por una suscripción entre varios institutos del ejército, embellezca desde el 5 del actual el lugar de la antigua huerta del convento de Carmelitas de San José, cuyas tapias se enrojecieron en Marzo de 1808 al resplandor del incendio del menaje ostentoso del palacio del príncipe de la Paz, situado en la próxima esquina de la calle del Barquillo, y que en las reformas urbanas que Madrid ha sufrido en este siglo, convertida en punto de comunicación entre dos calles céntricas y de mucho movimiento, tomó el nombre de *Plaza del Rey*, me has pedido, querido Alfredo, algunas líneas que ilustren á los lectores de LA EPOCA acerca de la personalidad histórica y militar del teniente de Voluntarios de Estado D. Jacinto Ruiz y Mendoza, á quien el monumento de Benlliure se consagra, contando al joven oficial que representa, en el número de las víctimas más ilustres del alzamiento redentor de Madrid, el célebre *Dos de Mayo* del año referido.

Pocas memorias Ruiz y Mendoza dejó de sí á su muerte prematura; pero, tales como ellas son, aquí las consigno, gustoso de complacerte.

Las fuentes de ilustración que yo conozco y tu-

ve en cuenta respecto á Ruiz y Mendoza, al escribir mi libro, aun inédito, de *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*, fueron: 1.º Su hoja de servicios y expediente de su brevísimá carrera militar en el *Archivo general del Ministerio de la Guerra*.—2.º Un folleto publicado en Madrid en Agosto de 1808 en la imprenta de Gómez Fuentenebro, y que tiene por título *Noticia de lo ocurrido el día 2 de Mayo de 1808 en el Parque de Artillería de Madrid y asombroso valor de los inmortales RUIZ, VELARDE y DAOÍZ, publicada en Badajoz en el número segundo del periódico titulado ALMACÉN PATRIÓTICO*.—3.º El expediente de recompensas nacionales dispensadas por mandato del Rey Fernando VII á las familias y parientes de los muertos y heridos de aquella gloriosa fecha, conservado en el *Archivo Municipal de Madrid*.—4.º Algunas referencias en el que para ilustrar los nombres y los recuerdos de aquel día, mandó instruir en 1814 el director general de Artillería Don Martín García y Loigorry, que se encuentra en el *Archivo de la Dirección general del arma*, y el sermón que en 1817 mandó predicar al capellán de honor y canónigo de Segovia señor García Bermejo.—Finalmente, varios folletos históricos de la época y los sermones predicados en las honras fúnebres anuales por las víctimas del Dos de Mayo, así en la Península como en América, en los primeros quince años posteriores á la reintegración de Fernando VII al Trono de sus abuelos.

## I

### **El hombre.**

La historia militar de D. Jacinto Ruiz y Mendoza es muy breve y está exenta de accidentes de importancia. Con condición de noble nació en 1779 en Ceuta, ciudad africana, donde su padre, Don Antonio Ruiz de Linares, subteniente de infantería, había servido, y donde, al retirarse del ser-

vicio, quedó avecindado. En Ceuta adquirió, pues, D. Jacinto los reducidos elementos de su educación literaria y militar; y, aunque desde niño dotado de una complexión no muy robusta, en 17 de Agosto de 1795 se le otorgó la gracia de cadete en el regimiento Fijo, en que recibió su bautismo militar. Tenía á la sazón diez y ocho años.

Ignoro con qué fundamento se dice en la *Noticia de lo ocurrido el día 2 de Mayo*, que se publicó en *El Almacén patriótico* de Badajoz, que el joven cadete estuvo en el Campo de Gibraltar al servicio de los oficiales del Cuerpo de Artillería, como adjunto á la fuerza de este arma que allí hostilizaba la inexpugnable plaza arrancada por los ingleses á España á consecuencia de la guerra desastrosa de sucesión.

Por el examen de su hoja en el *Archivo general del Ministerio de la Guerra* solamente se sabe que en 10 de Julio de 1800 fué ascendido á segundo subteniente del regimiento Fijo de Ceuta, y que, seis meses más tarde, en 21 de Enero de 1801, se le agregó, en su empleo de subteniente, al regimiento de Voluntarios de Estado, que mandaba el marqués de Palacio, D. Esteban Giráldez Sanz y Merino, soldado viejo de las campañas de Francia, Portugal é Inglaterra, y que se hallaba de guarnición en Madrid.

Había sido creado este regimiento, que en tiempo de paz constaba de 1.008 plazas y de 2.256 en el de guerra, en 1794, y lo formaban tres batallones, de los que Ruiz pertenecía al segundo, mereciendo desde su ingreso en él excelente concepto, hasta que en 12 de Marzo de 1807 se le dió el título de teniente.

En una instancia que su padre D. Antonio elevó al Rey Fernando VII en 30 de Agosto de 1817 (*Arch. munic. de Madrid*, 2-328-10), decía éste que su hijo D. Jacinto había sido «teniente del regimiento de reales guardias walonas, y después primer teniente de Voluntarios de Estado». En la hoja de servicios no se anotan estas circunstancias.

Hasta el 2 de Mayo, en que un solo arranque de su espíritu animoso le condujo juntamente al sacrificio de la vida y á las aureolas de la inmortalidad, el teniente D. Jacinto Ruiz y Mendoza no había tenido ocasión en qué mostrar sus aptitudes y alcanzar los lauros de servicios de consideración. «Sirve bien en su empleo», dice lacónicamente la nota de concepto de su hoja.

Se le reconoce además en su calificación «mu-cha aplicación, amplia capacidad y buena conducta»; pero no se le consigna participación ninguna en los diversos sucesos militares de aquel tiempo, sobre todo en la brevísima campaña de Portugal, que pudo hacer y no hizo, y en cuya expectación sin duda pasó, en 1801, desde el Fijo de Ceuta al de Voluntarios de Estado.

El autor de la *Noticia de lo ocurrido el día 2 de Mayo* le califica, con el consenso de cuantos le conocían, de «joven de talento, valor y firmeza».

De su temperamento excesivamente impresionable y nervioso dan testimonio los últimos hechos en que tomó parte, y que ya le individualizarán heroicamente para siempre. Por el autor anónimo de este mismo papel sabemos que Ruiz era «alto de cuerpo, de delgada pero gallarda estatura, aspecto noble y majestuoso, faz morena y ojos expresivos y centellantes». De los demás rasgos en que le describe se colige que era de mente exaltada y soñadora, ejerciendo sobre él total dominio el imperio de la imaginación.

## II

### **El acto del Parque.**

El autor de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo* bosqueja á Ruiz «postrado en el lecho, con una fuerte calentura», al estallar el tumulto popular principio de la sangrienta jornada de aquel día.

Inmediatamente se levantó y dirigióse al puesto adonde sus deberes le llamaban: al cuartel de su

cuerpo, situado en la calle Ancha de San Bernardo. Su coronel, el marqués de Palacio, mandó al Parque la tercera compañía del segundo batallón con fuerza de 40 hombres, y á Ruiz tocó en suerte cubrir su puesto bajo las órdenes del capitán de la misma D. Rafael de Goicoechea, y llevando por compañeros al de su misma clase y mayor antigüedad D. José Ontoria, al subteniente D. Tomás Burguera y á los cadetes D. Andrés Pacheco y D. Juan Rojo.

Aquella fuerza había sido demandada al marqués de Palacio por el capitán de artillería D. Pedro Velarde al salir, en su exaltación patriótica, de las oficinas de la Junta Superior de Artillería, establecida en la misma calle de San Bernardo, para dirigirse al Parque en unión del oficial de cuenta y razón D. Manuel Almira, del meritorio D. Domingo Rojo Martínez y de algunos grupos de paisanos, que con frenético entusiasmo se pusieron al lado de un oficial tan distinguido, al aparecer en escena en aquella actitud efervescente y armado con uno de los fusiles del retén de la Junta referida.

Palacio, que tenía formado su regimiento en el patio del cuartel, negábase á prestar al tumulto fuerza ninguna armada de la que estaba bajo su mando. Cedió á las súplicas de Velarde sólo para que la compañía que destacaba fuese á garantizar la seguridad del Parque, dotado de una escasisima fuerza de artillería é intervenido por otra mayor de infantería francesa, mas dando á Goicoechea la orden verbal de no cometer, sin nuevo aviso, acto ninguno de hostilidad contra los franceses.

No pueden, pues, tomarse, ni aun como verosímiles siquiera, las especies vertidas por el autor anónimo del folleto á que me refiero, que atribuye al teniente Ruiz iniciativas de todo punto inacceptables en un oficial que llevaba una posición subalterna, y que en las funciones de su cargo no podía para nada separarse de sus filas, cualesquiera que fuesen los sentimientos de exalta-

ción que en aquellos instantes trabajasen su ánimo. Además, el autor anónimo de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo* adjudica á Ruiz todos los actos y aun las palabras que Novella reconoce que se debieron al capitán D. Pedro Velarde para rendir y desarmar la fuerza francesa que se había introducido en el Parque; siendo lo más razonable que, como Novella testifica, todos aquellos actos se debieran más bien al que estaba en su propia casa, y con independendencia y autoridad para ello, que al oficial extraño que venía subordinado en sus filas al jefe de la fuerza auxiliar que había prestado al heroico capitán de artillería el coronel de los Voluntarios de Estado, marqués de Palacio.

Reduciendo á sus verdaderos términos el valor del espontáneo y denodado arranque del teniente D. Jacinto Ruiz y Mendoza en el Parque, y despojando su noble actitud de las fábulas de la falsedad que le prestarían un tinte de inverosimilitud contrario al mérito real de su verdadero sacrificio, es preciso negar en redondo cuanto en el folleto mencionado se refiere, siendo los informes, que hace incontrovertibles la autoridad de los documentos á que me remito, los que precisan los hechos siguientes.

Luego que se avocaron Daoíz, ya informado de la disposición de las cosas por el ayudante del Parque, teniente de artillería D. Rafael de Arango, y Velarde, que acababa de desarmar á los franceses y de distribuir las armas entre el paisanaje, situandola fuerza popular en los lugares más estratégicos para la defensa, los vigías apostados en los balcones de la calle de San José avisaron de que por la calle de Fuencarral bajaba hacia el Parque un batallón francés: el de Westfalia. Y aquí ha de permitírseme copiar á la letra este breve pasaje del libro XI, part. iij de mi obra inédita *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*:

«La primera voz de Daoiz entonces fué de guardar silencio. Reunió inmediatamente en medio del patio y

al lado de los cañones á los oficiales y artilleros, y proclamando dentro de aquel breve recinto al Rey Fernando VII y la independencia y la libertad de España, juraron todos obediencia á Daoíz y Velarde y se dispusieron animosos á perecer antes que consentir el oprobio de la servidumbre extranjera.

En medio de aquel acto, de una majestad imponente, destacóse de las apáticas filas de los Voluntarios de Estado, que bajo el mando de Goicoechea, y en obediencia á la orden recibida del marqués de Palacio, permanecían inmóviles, no impasibles, en su línea de formación, el teniente D. Jacinto Ruiz y Mendoza, soldado africano, que en un cuerpo débil y enfermo encerraba un corazón intrépido y valiente, tendió el brazo y la espada desnuda entre las espadas desnudas de los artilleros, y juró con ellos morir en aras de la libertad de la patria».

A esta escena, digna de la musa épica de Homero, asistían, además de Daoíz con los trece soldados y cabos de su compañía de artilleros; además de Velarde y Arango, ayudante del Parque, los capitanes D. José Dalp, D. José Córdoba de Figueroa y D. Juan Cónsul, el subteniente Don Felipe Carpeña y el capitán exento de Guardias de Corps D. José Pacheco, pues otros dos oficiales de marina que también se habían presentado en el Parque, el alférez de fragata D. Juan Van-Halen y el de igual clase D. José Hezeta, se apresuraron á salir de aquel sitio por la puertecilla lateral de la calle de San Andrés, para avocarse con el ministro de la Guerra O'Farril y pedirle que enviase al Parque, en auxilio del puñado de artilleros que allí quedaba, alguna fuerza militar de la poca que en Madrid había.

En el primer acto de los artilleros, al romper el fuego, cuando los gastadores del batallón francés estaban ya sobre la puerta cerrada del Parque, á Ruiz no cupo participación alguna. Daoíz mandó hacer consecutivamente sus tres disparos de cañón, que llevaron la muerte á los franceses en sus apretadas filas por entre las horadaciones que en la deshecha puerta abrieron con horrible estrago

los proyectiles, mientras que Velarde dirigía desde las ventanas el fuego de fusilería del paisanaje armado, que hería ya de espaldas al enemigo fugitivo. Entonces acabó de organizarse la defensa. Sacáronse las tres piezas que embocaron las calles por donde era de esperar la nueva agresión del extranjero (Fuencarral, Ancha de San Bernardo y San Pedro), el cual no tardó en aparecer por la de San Bernardo (el 4.º regimiento provisional). Mas esta vez sólo emprendió una escaramuza á fuego graneado, para entretener las fuerzas españolas militares y del pueblo, mientras en las plazuelas y puntos estratégicos contiguos se concertaba, con la llegada de otras tropas, un ataque general y simultáneo por distintos lados.

«En esta refriega sin gloria—he escrito yo en mi obra referida—fué en la que, por nuestra parte, sufrimos una de las pérdidas más sensibles en aquella ocasión tan apurada, y en que los hombres de valor, inteligencia y actividad eran tan precisos: la del teniente de Voluntarios de Estado Ruiz y Mendoza.

Habia recibido este valiente oficial una herida de bala en un brazo, que le vendó con su pañuelo, para contener la hemorragia, el exento de guardias de Corps D. José Pacheco. Volvió aquél inmediatamente á la lucha, sin cesar de dar voces á nuestros heroicos guerrilleros; mas una segunda bala enemiga, entrándole por la espalda y saliéndole por el pecho, le hizo caer en el suelo, de donde le recogieron desmayado unos paisanos y le llevaron dentro, á los pabellones de los oficiales, que se convirtieron en hospital de sangre. Igualmente quedaron fuera de combate un cabo y cinco artilleros, todos heridos de balas de fusil, pues habiéndose sostenido la refriega á cuerpo descubierto, cada hombre ofrecía, sin defensa, blanco cierto á la puntería de los buenos tiradores que abundaban en el ejército francés».

III

**Combates posteriores. — Fuga  
á Extremadura.**

La desgraciada circunstancia que dejo referida, hizo que Ruiz y Mendoza ya no tomase parte en el resto del patético y sangriento drama del Parque, durante los momentos más solemnes de la defensa de aquel lugar sagrado, que perpetuamente debiera ser un ara santa para la patria.

El no presencié el tercer avance de las tropas francesas, que determinó el momento máximo de la lucha terrible y victoriosa de los defensores del Parque, y en el que se dibujaron entre éstos las figuras homéricas de las mujeres insignes. Yo no sé cómo resistir la imperiosa tentación de transcribir aquí alguno de sus episodios. Dirigía el ataque enemigo el coronel conde de Montholon, el compañero después de Napoleón Bonaparte en Santa Elena, su testamentario y autor, por último, de los dictados del destierro bajo el título de *Recits de la captivité*.

A la infernal algazara de cajas y cornetas, á las voces de su jefe, que no cesaba de repetir *¡en avant! ¡en avant!*, y al clamoreo continuo de los soldados, que rompían sin tregua en aclamaciones de *¡vive l'Empereur!*, avanzaban las fuerzas de Montholon, recibiendo en los primeros momentos el fuego de la metralla, que abría anchos surcos de muerte en sus cerradas filas, sin detenerse en su impávida acometida. No fué posible sostener la desigual batalla; á mitad de la calle se hizo alto, y el fuego fué desde entonces más nutrido y mortífero por una y otra parte. De la nuestra, las pérdidas eran horribles. Un muro de cadáveres rodeaba los cañones que nuestros artilleros manejaban.

«Aquél fué el momento—escribo yo en mi obra referida—sublime del combate. Todos servían con anhe-

losa obediencia al indescriptible vértigo de la lucha.

El que tenía armas, hería con ellas y sembraba entre los contrarios ó recibía de éstos la muerte con el mismo furor. Allí desplegaron las alas de la inmortalidad las excelsas heroínas del Parque. Clara del Rey y Calvo, la más ilustre de todas, se hallaba en el combate, ayudando á los heroicos artilleros españoles con Manuel González Blanco, su marido, y con sus tres hijos, Juan, de 19 años; Ceferino, de 17, y Estanislao, de 15. Trabada la lid, no se apartó ella ni un solo momento del lado de los cañones, y con la voz que participaba de las dulces inflexiones de la ternura de la madre y de los acentos terribles de la sublime ira que la encendía, acalorando con sus exhortaciones el valor de sus hijos, casi niños, recibió la muerte, herida en la frente de un casco de bala de los cañones enemigos. Su hijo Juan, adorando siempre el recuerdo venerable de la que le dió el ser, sentó luego plaza de soldado en la quinta compañía del tercer escuadrón de cazadores de Sagunto é hizo toda la guerra contra los franceses, «para defender la patria y para vengar á su madre».

Manuela Malasaña y Oñoro, en quien la juventud brillaba con los frescos encantos de sus 17 años, sacaba en la falda el repuesto de cartuchos para proveer á los que peleaban, en cuyo número se hallaba su padre. Una bala en la sien la arrebató instantáneamente la vida á su presencia.

No derramó, sin embargo, éste ni una lágrima y continuó inalterable haciendo fuego. Goicoechea, que advirtió aquella tragedia, envió orden para que á aquel hombre se le retirara de un lugar para él de tanta desventura. Dos veces la resistió: á la tercera, Juan Malasaña dejó el fusil á otro que combatía sin armas; llegó á los pies de su hija, besóla en el rostro ensangrentado, recogióla en los brazos y, gimiendo y besando siempre con efusión el cadáver, desapareció por la calle de San Andrés, donde habitaba.

También Benita Pastrana tenía 17 años, hermosura y amor. En el combate estaba el hombre á quien amaba, y ella entre las llamas del combate. Su muerte fué oscura, aunque herida al pie de los cañones, ya en parte huérfanos de los artilleros que los servían, y á quienes habían diezmado las balas. Conducida, después de la pelea, por los hermanos de la Congregación de la Misericordia á la enfermería de

la Venerable Orden Tercera de San Francisco, á instancias suyas, á los pocos días murió olvidada. Lo mismo murió Angela Fernández Fuentes en el Hospital general, adonde se la condujo privada de conocimiento.

El tiempo ha velado en las sombras profundas del misterio á una heroína del Parque que no llegó á éste, pues encontró la muerte en su camino.

Llamábase Doña Maria Beano. Era viuda de un capitán de artillería. Tenía cuatro hijos menores: uno varón y tres hembras. Vivía, exenta de sospechas desfavorables, aunque joven y hermosa, en un cuarto segundo de la calle del Escorial, que Velarde con frecuencia visitaba. Cuando le llevaron la noticia de los sucesos del Parque, una inquietud vertiginosa se apoderó de ella. Ordenó con precipitación su traje y sus cabellos. Besó entre lágrimas á sus hijos, recomendólos con tierna solicitud y fatídicos recelos á una criada antigua y fiel, y se lanzó á la calle para no volver más junto á aquellos objetos de su amor. Se dirigió al Parque, cuyas inmediaciones rodeaba un impenetrable círculo de acero francés. Por varios puntos intentó ganar la calle que á él conducía. Frustráronse todos sus esfuerzos; mas cuando, en una de estas acometidas, ya creía alcanzar lo que deseaba, una bala perdida, hiriéndola de súbito, desplomóla exánime en tierra, sin exhalar un suspiro. Cuando este trágico suceso se verificaba en la calle de San José, Velarde aun vivía, dirigía el combate y luchaba como un héroe.

El cardenal D. Judas José Romo, arzobispo de Sevilla, que fué en 1808, en sus mocedades, de los combatientes del Parque, nos ha legado un documento por el cual también se sabe que la prenda de amor prometida á Daoiz, cuando supo su heroico sacrificio, pretendió ser digna de él y consagrarse para siempre á su memoria inmortal. Siendo joven, hermosa y opulenta, renunció á todo, tomó el hábito de religiosa en un convento de Utrera y, uniéndose á Dios perpetuamente por medio de los votos monásticos, juntó en un solo culto para toda su vida todos los grandes afectos de su alma que había perdido».

En ninguna de estas grandezas, ni en la rendición del conde de Montholon, que entró en el Parque prisionero, ni en las posteriores hasta la muerte dramática de los dos caudillos insignes del

día y la ocupación del Parque por el ejército francés al mando de los generales La-Grange y Lefranc, tomó ya parte Ruiz, diga lo que quiera el autor anónimo del folleto que ensalza su valioso comportamiento.

Un médico francés le hizo la primera cura á las cuatro de la tarde, y cinco horas después de haber sido herido. Transportado á su casa, llegó casi exánime, así por la gravedad de su accidente como por las grandes pérdidas de sangre que había sufrido. Reanimáronlo los solícitos cuidados del doctor D. José Rives, catedrático del Colegio de San Carlos de Madrid, y probablemente le habría salvado éste, á haber podido completar en Madrid su curación. Pero como los franceses, después de aquella funeral jornada, tenían empeño en sostener en la capital una perenne atmósfera de miedo, á pesar de las capitulaciones que se hicieron con O'Farril, á instancias de Navarro Falcón, para salvar á los militares y paisanos cogidos prisioneros en el Parque y á los oficiales que habían estado en él tomando mayor ó menor parte en la refriega, hicieron extender la voz de que, luego que sanasen los heridos de aquel lugar, serían pasados por las armas.

Desde el lecho en que se hallaba aún doliente de su herida, cerca de un mes después, oyó Ruiz una conversación sostenida entre sus asistentes en que se vertieron estas ideas, compadeciendo la triste suerte que cabría al joven y valeroso teniente de Voluntarios de Estado cuando hubiese logrado dominar su mal.

Apoderóse de su ánimo una agitación nerviosa extraordinaria, con frecuentes accesos de delirio. Varias veces, según el autor de la *Noticia de lo ocurrido el 2 de Mayo*, en medio de estas crisis «cayó rodando en tierra, arrastrando en pos de sí el lecho en que yacía». La fiebre volvió á hacerse subida y continua. Hubo que pensar en sacarlo de Madrid, en la forma en que Arango fué salvado por su hermano al día siguiente de los sucesos, y,

preparada la fuga para Extremadura, acompañáronle hasta Badajoz tres excelentes amigos que por él se interesaban: D. José de Luna, D. Julián Romero y D. Francisco de Arcos. En Badajoz fué objeto de públicas ovaciones, de simpatías generales y fervorosas y de solícitos cuidados; pero la estación de los calores extremados se vino encima en aquella población, una de las más cálidas de España. La herida de la espalda, que en estas expediciones había sido mal cuidada, tomó caracteres más graves, aunque, para evitarlo, fué trasladado á Trujillo. Al cabo sucumbió, rodeado de grandes respetos y universales cariños. La salida de Madrid se verificó el 30 de Mayo de 1808, y la muerte del generoso oficial ocurrió el 13 de Marzo de 1809.

#### IV

##### **Honores póstumos.—Otros militares ilustres.**

Del nombre del teniente D. Jacinto Ruiz y Mendoza, tal vez pocos se habrían acordado después sin la leal justificación del director general de Artillería D. Martín García y Loigorry, el cual, al mandar instruir el expediente del *Dos de Mayo* en el Parque, en 1814, procuró que los testigos de aquellas proezas depusieran cuanto supiesen respecto á aquel joven oficial de Voluntarios de Estado que cayó también mortalmente herido al lado de los héroes insignes de la jornada.

Con la averiguación sumaria que entonces se llevó á cabo, el general Loigorry propuso al Rey que á los parientes inmediatos del esclarecido mártir se otorgaran algunas gracias correspondientes al mérito de su precioso sacrificio. En virtud de esta propuesta, en la *Gaceta de Madrid* de 23 de Marzo de 1815 apareció una Real orden por la que se recompensaban sus servicios en su hermano D. Antonio Ruiz y Linares, cadete á la sazón del regimiento de infantería fijo de Ceuta, ascendién-

dole á subteniente del mismo cuerpo y mandando se tuviera presente á su hermana Doña Salvadora para la viudedad correspondiente á su difunta madre.

Con posterioridad, y cuando se crearon las medallas de honor y distinción para los parientes de las víctimas del *Dos de Mayo*, su anciano padre D. Antonio Ruiz y Linares solicitó aquella gracia como comprendido en los decretos de Fernando VII.

La instancia en que la pedía, y que informó muy favorablemente el comandante general de la plaza de Ceuta D. Francisco Antonio del Villar, trajo la fecha del 30 de Agosto de 1817, y, en efecto, por conducto de D. Mariano Quirós, le fué enviada *la medalla de honor* el 3 de Enero de 1818. García y Loigorry hizo incluir su elogio, á par del de Daoíz y Velarde, en el sermón de las honras fúnebres del *2 de Mayo* que predicó en 1817 en San Isidro el señor García Bermejo, y desde entonces, Sala en el *Memorial de Artillería*, Ramírez en la *Corona poética*, Tamarit en la *Memoria histórica* y Arango en su *Relación presencial*, dieron á Ruiz un puesto de honor al lado de los dos ilustres capitanes de artillería.

No fué uno mismo el mérito de las respectivas hazañas, pero fué uno mismo el sacrificio. Las de Daoíz y Velarde las ennoblecen la larga y patriótica preparación de aquel acto, el valor con que lo sostuvieron, pues no registra la historia humana hecho de guerra de mayor desesperación y de mayor constancia, y la conciencia firme que llevaban de que su resolución redentora tenía necesariamente que producirles la muerte.

En Ruiz todo fué circunstancial y espontáneo; mas, como en mi carta al general Gómez de Arteche ha poco dije, su actitud fué heroica y su resolución sublime. «Sin que el deber le impulsara, sino sólo el arrojó instantáneo y fervoroso del amor á la patria, puso su espada al lado de la de los oficiales de artillería del Parque, juró con ellos la

defensa de la causa común y recibió entre ellos las heridas que le produjeron la muerte.

Su nombre se unió con justos merecimientos al honor de la leyenda santa de aquel día de redención y sacrificios. Fué héroe entre los héroes, y su nombre y su fama se ilustraron á par de los más conspicuos. El tributo á su memoria está, pues, bien rendido y bien justificado, y el ejército todo, en todos sus institutos, al asociarse á él, ha cumplido lealmente una deuda de justicia».

No son éstos, sin embargo, los únicos soldados á quienes comprenden el honor y la gloria de aquel día, como les comprendió lo patético y valioso del sacrificio que hicieron de su vida por la patria.

La historia ha olvidado, y yo quiero consignarlo aquí, adelantándome á la publicidad de mi libro, en que todos los hechos que conozco constan, el nombre del brigadier de los reales ejércitos, D. Nicolás Galet y Sarmiento, gobernador del campo y resguardo de esta corte. Informado de que en el Portillo de Recoletos habían sido aprehendidos por los franceses los guardias montados Anselmo Ramírez de Arellano y Díez de Belmonte, Francisco Parra, Francisco Reguera Mingoli, Gaudosio Calvillo y Juan Antonio Martínez, sus subordinados, y que iban á ser pasados por las armas, montó inmediatamente á caballo y partió al lugar donde se hallaban presos, para pedir su libertad.

Maltratado por los franceses, desconocida su autoridad y hecho objeto de una agresión vil, fué conducido á su casa de la calle de la Luna en grave estado, luchando entre la vida y la muerte, hasta que, al cabo, ésta le prendió en sus garras el 14 de Agosto de aquel mismo año.

En mi *Lista alfabética y biográfica de los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*, que forma el primer apéndice de mi libro, constan los siguientes, que tuvieron carácter militar:

### Muertos.

Núm 17.—Anselmo Rodriguez de Arellano y Diez de Belmonte, guarda del Resguardo.

Núms. 82 y 83.—Dos soldados de Voluntarios de Estado, cuya filiación no se pudo hacer en el Hospital general.

Núm. 91.—Eugenio Garcia Rodriguez, de reales guardias españolas.

Núm. 93.—Eusebio Alonso, el sublime cabo segundo de la primera compañía, tercer batallón de artillería, héroe del Parque, á quien describió Arango luchando con la muerte.

Núm. 98.—D. Fausto Zapata y Zapata, cadete de reales guardias españolas.

Núm. 101.—Felipe Garcia Sánchez, inválido de la tercera compañía.

Núm. 133.—Francisco Parra, guardia del Resguardo.

Núm. 141.—Francisco Reguera Mingoli, id. id.

Núm. 151.—Gaudosio Calvillo, id. id.

Núm. 155.—Hilario Galigagni y Mori, inválido de la tercera compañía.

Núm. 160.—D. Jacinto Ruiz y Mendoza.

Núm. 174.—José Espejo, inválido.

Núm. 184.—José González Sánchez, artillero del Parque.

Núm. 218.—Juan Antonio Martínez del Alamo, guardia del Resguardo.

Núm. 220.—Juan Antonio Pérez Bohorques, mozo de caballos del cuartel de reales guardias de Corps.

Núm. 241.—D. Juan Vázquez y Afán de Rivera, cadete de la segunda compañía del tercer batallón del regimiento Voluntarios de Estado.

Núm. 247.—Julián Ruiz, de Voluntarios de Estado.

Núm. 251.—Lorenzo Leleka, polaco, soldado de reales guardias walonas.

Núm. 254.—D. Luis Daoiz.

Núm. 256.—Manuel Agrela de las Heras, de Voluntarios de Aragón.

Núm. 260.—Manuel Alonso Albis, de reales guardias españolas.

Núm. 271.—Manuel Garcia, de Voluntarios de Estado.

Núm. 288.—Manuel Velarte Bárdenas, de Voluntarios de Estado.

Núm. 321.—Miguel Carrechano del Peral, soldado licenciado.

Núm. 333.—D. Nicolás Galet y Sarmiento.

Núm. 334.—Nicolás García Andrés, de Voluntarios de Estado.

Núm. 336.—Nicolás Rey Canillas, mozo de caballos del cuartel de reales guardias de Corps.

Núm. 339.—Pablo Monsak, húngaro, de guardias walonas.

Núm. 347.—Pedro Fontanet y Trelles, inválido de la primera compañía.

Núm. 350.—D. Pedro de la Rosa Rivadeneyra, soldado distinguido del regimiento de Saboya.

Núm. 358.—D. Pedro Velarde.

Núm. 362.—Ramón González de la Cruz, ordenanza del mariscal de campo D. José Genaro Salazar.

Núm. 392.—Un soldado de Voluntarios de Estado «cuyo nombre y apellido se ignora», según la lista del cuartel de Afligidos, núm. 84.

Núm. 400.—Vicente Grao Ramirez, de Voluntarios de Estado.

Núm. 406.—Victor Modesto Morales Martin, sargento segundo de Inválidos.

### **Heridos.**

Antonio Camino y Camino, de dragonés del Rey.

Angel Azdort, húngaro, de los suizos de Preux.

Antonio Gutiérrez Moreno, mozo de caballos del cuartel de reales guardias de Corps.

Antonio Durán, granadero de marina.

Antonio López Suárez, de Voluntarios de Estado.

Antonio Martín Magdalena, artillero del Parque.

Esteban Villmendas y Quilez, de Voluntarios de Estado.

Francisco Lavaña Erriera, de Voluntarios de Estado.

Francisco Wellar, alemán, de Strasburgo, de guardias walonas.

Gregorio Alberto de Franzmann, húngaro, de guardias walonas.

José Acha, de Voluntarios de Estado.

José Romero, de Voluntarios de Estado.

Juan Antonio Cebrián y Ruiz, granadero de marina.

Juan Domingo Serrano, artillero del Parque.

Juan Donet, de los suizos de Preux.

Juan Vié del Carmen, inválido de guardias walongas.

Ignacio Levando Forkoy, de los suizos de Preux.

Lázaro Canranillo y Diego, de Voluntarios de Estado.

Manuel Bravo Parra, de Voluntarios de Estado.

D. Manuel Calvo del Maestre, capitán graduado, oficial del archivo del Ministerio de la Guerra.

Manuel Ruiz García, de dragones del Rey.

Mariano Schesler, de los suizos de Preux.

Pascual Iglesias, artillero del Parque.

Ramón Ballesteros Delgado, de dragones del Rey.

Sebastián Blanco Calda, artillero del Parque.

A excepción de Daoíz y Velarde, á quienes el general García y Loigorry agregó en 1814 el nombre de Ruiz, ninguno de los demás es superior á los otros. Uno mismo fué el valeroso ímpetu del combate y uno mismo el glorioso sacrificio de la vida ó de la sangre. A todos una misma gloria: á todos un mismo honor.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

(*La Época.* - 4 Mayo 1891.)





1